

LIBROS

LA MANSION DE ARAUCAIMA

por Guillermo Sheridan

La Mansión de Araucima (Ed. Sudamericana, Bs. As., 1974) es un libro de Alvaro Mutis que reúne tres relatos —que, por cierto, el formador del libro fue incapaz de distinguir correctamente: el que da título al libro, “Sharaya” y el notable “La muerte del estratega”, los dos últimos aparecidos previamente en el *Diario de Lecumberri* (1960) y publicados nuevamente en obvia —y justa— búsqueda de una difusión mayor. En esta breve reseña hemos de preocuparnos solamente del nuevo relato. La obra quiere proceder fielmente a manifestarse como un texto gótico desde su planteamiento original (su subtítulo es “Relato gótico de tierra caliente”): se sabe pensado en la elección del convencionalismo de la novela de misterio y de la metodología que de esa elección se desprende: la presentación acotada de los personajes con las justas dosis de caracterización e incertidumbre; el fluido avance hacia el perceptible —y, por abundantes *shifters*, continuamente advertido— desenlace; la obligación, perentoriamente asumida por el lector, de suponer causas y efectos desde y hacia los “hechos” de los personajes, etcétera. Estos cuantos personajes, que al principio retozan entre el *tipo* y el *clisé*, adquieren su presencia merced a la enumeración de ciertas características esenciales y de actos significativos que les son propios y que, a la vez, permiten adivinar la existencia de aquellas puntas abiertas que, en cuanto que su suma produciría el todo del conflicto, sostienen la gótica arquitectura del relato. El autor acepta los rigores del lugar común verbal pero consigue, más allá del formalismo, levantar una efectiva narración gracias al problema moral que la subyace. Así, sus personajes, al principio, no *son*, se limitan a *hacer y tener*, pero cuando entran en conjunción con los demás, se revisten de algo que les es, al mismo tiempo, propio y compartido, un ser común e individual a la vez: son lo que los otros perciben de cada uno y, claro, como en todo relato que persigue los efectos del *suspense*, algo

más... Uno de los personajes, el protohombre mercenario, nos puede dar un ejemplo de lo anterior: su comportamiento hermético a la buendía implica una personalidad que sólo es suma de atributos (“Le faltaba un brazo y hablaba correctamente cinco idiomas”) y anuncio, esmeradamente intuíble, de un *ser* especial (“al llegar no habló con nadie. Fue a refugiarse a un cuarto de los patios interiores. Allí descargó ruidosamente su mochila de soldado...”).

En un tono displaciente y neutro sustentado sobre un vocabulario exhuberante dentro de su claridad, con algo de recolección onírica —en el obligado copretérito— y algo de escéptica crónica de hechos narrados como supervivencias de la voluntad de olvidar, Mutis introduce al resto del reparto: individuos saturados de sus propios pasados portentosos que, imposible saber si por puro azar o por un oscuro reconocimiento mutuo, forman esta cofradía íntima de seres autónomos cuyos mundos personales conviven y forman un hospital de ultramar: “el Guardián”, filósofo del onanismo (o a causa de él), “el Piloto” impotente y helado, “La Machiche” de delicado talento para el mal, “el Fraile” ascético y reticente, “el Sirviente” mackandaleño y misterioso. Todos ellos unidos para encontrar que la substancia de la que están hechos es sus propios odios e incapacidades de ser ellos mismos. Esto sucede por medio de la ¿involuntaria? agencia de “la muchacha” que, relevándose entre todos los lechos de la Mansión —que, como en todo relato gótico que se respeta, es el *otro* personaje— sin burdos distinguos sexuales, raciales o morales, conjuga sus susceptibilidades hasta provocar encuentros apofánticos de los habitantes —ángel de redención y víctima propiciatoria— consigo mismos: el deseo y la redención que coexisten en ella son demasiado atractivos y demasiado peligrosos, lo que la lleva a la muerte y a la consumación de su pura esencia libre de atributos. De ahí su nombre: Angela.

Esta es la razón que hace sentir lo apropiado del término “relato”: la ambición lograda de producir un *efecto*, un efecto impostergable de vacío, de íntima descomposición, de lo equívoco de ese *ser* adquirido por los personajes sólo para perderlo de inmediato. El marco ofensivamente tropical subraya el efecto de la desesperanza de esos seres que son todo mutación y todo incertidumbre. Llegan, fornican, matan y se van. Lo que queda es la desazón de la descomposición exhuberancia de la tierra, del sexo, de la insatisfacción omnipresente y continua.

Pero si el *efecto* que descansa en la anécdota es lo arriba parafraseado, el relato es dadivoso en satisfacciones —nunca, me temo, tan intensas y definitivas como las de la poesía del mismo autor— a nivel de lectura. Escueta, precisa, puntualmente minuciosa y certera, la escritura de Mutis sobrepasa el rígido esquema técnico del suspenso para revestirse inteligentemente de una ambientación que rebasa el “tufillo demoniaco” para llegar a ser cifra de las pasiones, que rebasa el simple muestreo de caracteres para incidir en los sórdidos puntales éticos del hombre, que va más allá de

la fácil oposición entre civilización y barbarie para descubrir las sutiles entretelas de la energía del deseo y la violencia.

Con algo de fábula, de concreta reminiscencia, en fin, con algo de historia de oscuros atavares pero siempre luminosa, *La Mansión de Araucima* nos hace desear que Alvaro Mutis se libre de la “inmensa pereza” de escribir para crear más literatura que, como ésta, certifique su calidad en el hecho de ser advertencia de algo mejor por venir.

EGLOGA POR LA LLEGADA DEL PADRE ANTONIO DE MENDOZA

Lourdes Rojas Alvarez
Centro de Estudios Clásicos

Feliz acontecimiento representa la publicación de la *Egloga por la llegada del padre Antonio de Mendoza* en la serie Cuadernos del Centro de Estudios Clásicos, con la cual se nos abre la posibilidad de conocer los testimonios literarios de la colonia cuyo acervo inédito tiene un valor importante, pero desconocido para la mayoría.

Esta primera edición que elaboró José Quiñones Melgoza —a quien conocemos por su traducción de las *Tristes* de Ovidio, publicada también bajo los auspicios del Centro de Estudios Clásicos— presenta la versión rítmica del texto paleografiado por él mismo, precedida de una interesante introducción y acompañada de notas al texto latino y a la traducción.

En la introducción se dan noticias del